



**MELITTI, Khaled, *Carthage. Histoire d'une métropole méditerranéenne*. Paris: Perin, 2017, 549 págs. [15,5 x 24].**

El título que ofrece el volumen es diáfano: se ocupa de la historia de esta ciudad y del estado del que fue capital desde su fundación en el último cuarto del s. IX a.C. hasta su destrucción en el 146 a.C. Se trata sin duda de un trabajo de calidad ya que ha recibido dos premios: el premio de la Fondation Stéphane Bern pour l'Histoire et le Patrimoine (del Institut de France) y el premio Hippone (de l'Académie des Sciences, Agriculture, Arts et Belles lettres d'Aix-en-Provence). Esta investigación deriva de una tesis doctoral defendida en La Sorbona en 2006 de la que se ofrece ahora una versión, que no es de divulgación, pero sí concebida para el gran público. Esto se pone de manifiesto en un redactado con pocas notas; pero, sorprendentemente, carece por completo de aparato gráfico. Para el gran público resultan absolutamente necesarios los mapas del inicio del libro.

Se trata de un trabajo de historia antigua, basado esencialmente en las fuentes literarias y muy poco en las demás fuentes auxiliares de la historia. Como las fuentes describen con detalle las batallas dirigidas por Aníbal, éstas ocupan mucho espacio en el libro. Con todo, es plenamente consciente de la necesidad de filtrar la información que ofrecen las fuentes violentadas por el poder romano vencedor: el púnico es cruel, extremadamente conservador, carente de sentido artístico, poco receptivo a la influencia del helenismo, demasiado fenicios, poco griegos. El autor se basa poco en la arqueología, lo cual es un error metodológico, pues es altamente útil para el conocimiento de la capital y de algunas ciudades de su imperio comercial.

El argumento general del trabajo es la influencia del helenismo en la configuración de un estado cartaginés “moderno”, o dicho de otro modo, si sus dirigentes aplicaron voluntariamente en la arquitectura constitucional de este estado características propias de los demás estados helenísticos contemporáneos. Naturalmente esta hipótesis se enmarca en un contexto mucho más amplio y polémico (la propia definición de reino helenístico, las guerras con Roma, la destrucción de fuentes cartaginesas, etc.), pero sí es altamente útil ya que, como mínimo, permite superar la visión de Cartago como solamente y únicamente púnica, alejada de las influencias del helenismo imperante en el Mediterráneo Oriental.

El desarrollo del libro es el siguiente. En la Introducción se detalla la historia fáctica, social y económica de la ciudad desde su fundación hasta el s. IV a.C. cuando desea afianzar su imperio en el Mediterráneo Central. La Primera Parte se dedica a exponer la afirmación de Cartago en el Mediterráneo central en el s. IV a.C., destacando, en nuestra opinión, los apartados consagrados a la creación de un estado oligárquico y a la provincialización de sus territorios en Sicilia. La Segunda Parte se dedica a las reformas militares, políticas y urbanísticas que la ciudad acomete como consecuencia de la desaparición de su metrópolis fundacional, Tiro, en 332 a.C. y de la voluntad inequívoca de



expandirse por el Norte de África. El autor tilda esto, quizás excesivamente en nuestra opinión, de *imitatio Alexandri*. La Tercera Parte se dedica a la inserción de Cartago en la koiné helenística, que para el autor fue clara y evidente. La Cuarta Parte se ocupa de la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.). La Quinta Parte se ocupa del periodo de entreguerras (241-218 a.C.), dónde debemos destacar la expansión cartaginesa en la Península Ibérica (apartado 2, “La pacification de l’Espagne”, p. 273-289) y la toma de Sagunto que será el *casus belli* de la Segunda Guerra Púnica. El autor es de la opinión que el Tratado del Ebro ponía efectivamente al río Ebro como línea divisoria entre las áreas de influencia romanas y púnicas, de modo que los cartagineses no violaron ningún tratado al tomar la ciudad de Sagunto. La Parte Sexta se ocupa de la Segunda Guerra Púnica (218-202 a.C.); naturalmente se dedican diversas páginas a la audaz maniobra de Aníbal de llevar la guerra desde Hispania a Italia y cruzar velozmente los Alpes a inicios del invierno de 218 a.C. (p. 323-326) lo que conlleva la reacción romana y el desembarco de Gneo y Publio Cornelio Escipión en Empúries aproximadamente en los mismos meses, hecho que marca el inicio de la historia de la Hispania romana. A partir del 211 a.C. Hispania vuelve a adquirir protagonismo ya que es el en sur de la Península Ibérica dónde los cartagineses recuperaran su ventaja en el conflicto, aunque la batalla de Ilipa (206 a.C.) supone el fin de la Iberia Púnica (p. 399-402). En cuanto a la Tercera Guerra Púnica (149-146 a.C.), el autor la denomina quizás de modo innecesariamente provocativo, la “troisième guerre romaine” sin precisar exactamente porque, aunque podemos suponer que por tratarse de un conflicto buscado por Roma.

El autor propone una hipótesis sobre la causa de la destrucción del Imperio Cartaginés a manos de Roma: en primer lugar, la incapacidad de vincular las poblaciones sometidas en sus territorios (en el Norte de África especialmente, pero también en Sicilia, Cerdeña y la Península Ibérica) a un proyecto común; en segundo lugar, la élite mercantil que dirige el estado cartaginés no deseaba invertir en proyectos de larga duración, interesándole tan solo el beneficio a corto plazo. Esta hipótesis nos parece interesante, pero debemos ser conscientes que se ha construido esencialmente poniendo en negativo lo que sí permitió a Roma afianzar su poder durante las Guerras Púnicas.

En cuanto a la bibliografía, el autor no ha utilizado –nos gusta más este verbo que no decir que desconoce– diversos trabajos imprescindibles en lenguas distintas al francés. Sin duda, debería haberlo hecho aunque fuera para criticarlos. Obviarlos acríticamente no es científico ni sensato.

LLUÍS PONS PUJOL  
(CEIPAC, UB)